



El poder de los hechos o sobre la importancia histórica de Jaime Guzmán

Por: BENJAMÍN COFRÉ, conservador Archivo Jaime Guzmán E.

Foto: Archivo Jaime Guzmán E.

Ante los diferentes procesos político-sociales a los que Chile se enfrenta hoy, las herramientas de la historia contrafactual nos permiten comprender la gravitante influencia de Jaime Guzmán, no desde una quimera literaria, sino desde las huellas que dejó en la historia con su legado político.

La historia contrafactual es una herramienta de la divulgación histórica que emplea elementos ficticios para explicar un posible «qué hubiese pasado si». En otras palabras, nos permite pensar en las posibilidades de alteración de nuestro presente si un elemento histórico no hubiese resultado como hoy lo conocemos. Esto posibilita algunas interpretaciones interesantes,

como la real importancia de un hecho histórico,¹ lo esencial de ciertos protagonistas en un momento determinado, o cómo nuestro devenir es frágil frente a las turbulencias de la historia.

Pero claro, como todo trabajo historiográfico, requiere de un riguroso soporte de fuentes que doten de verosimilitud el relato ficcionado, pues seguimos tratando de pensar dentro de las reglas del trabajo de historiadores y no de literatos —aunque algunos ejemplos de la literatura, como *El hombre en el Castillo* (Dick, 1962) o *Estados Unidos de Japón* (Tieryas, 2016), son bastante interesantes para explicar la función pedagógica de este tipo de relatos—. Por ello, para hacer historia contrafactual, primeramente, hay que ser responsables porque, sino, se puede caer en exabruptos como el cometido por un excandidato presidencial chileno cuando,

por allá en abril del 2019, sentenció que «si [Jaime Guzmán] hubiese quedado vivo, sería un cadáver político e ideológico».² Dicho de otro modo, el responsable de la cita anterior no consideró la obra que, en efecto, se mantiene viva después de la muerte de su creador, y que, por consiguiente, justificarían la actividad de Jaime en una línea temporal donde los terroristas no hayan logrado su cometido.

Ocupando las herramientas de la historia contrafactual, se propone un acercamiento respecto de qué sería de Jaime Guzmán hoy, en el supuesto escenario de haber sobrevivido al cobarde atentado de aquel primero de abril de 1991:

El año 2017, Guzmán encabeza la conmemoración por los 50 años de la fundación del Movimiento Gremial que, aunque originalmente nace en la Universidad Católica,

hoy se extiende en número y distancia entre más casas de estudio que las que Jaime imaginó.³ Reflexionaría sobre el rol del gremialismo en tiempos que las movilizaciones estudiantiles, tanto escolar como universitarias, ya daban señales de grandes procesos insurreccionales, como antesala a la ocupación de la Casa Central de la UC por grupos feministas al año siguiente (2018), donde una gremialista, de hecho, lideró la resistencia pacífica a la acción violenta e instrumentalizadora.⁴ Y eso no sería todo.

Cuando la Unión Demócrata Independiente (UDI) discute internamente sobre su rol en el gobierno, y por qué no, para con Chile, Jaime recordaría «que el triunfo y la derrota eran dos impostores y que la única verdad estaba marcada en la defensa de las convicciones, más allá de las oleadas temporales de popularidad o de ausencia de votos».⁵ Más si consideramos que la UDI fue el partido más grande del país, por su defensa a un ideario claro y su vocación con los sectores populares donde se ramificó, llevando al propio Guzmán a la presidencia de la república frente a un candidato como Ricardo Lagos.⁶ ¡Qué mensaje fue aquel que dirigiese a la jerarquía del partido para recordarles su deber! Porque el miedo no puede ser factor para un partido que lo conoció de cerca con el asesinato de Simón Yévenes en abril de 1986, y cuyo líder natural fue atentado sin éxito a la salida del Campus Oriente de la PUC—recuerde, en esta ficción—.

Y mucho más puede decirse del proceso constituyente que, actualmente, se encuentra pausado por la pandemia. Todos los defensores del mundo libre se atrinchieron en la defensa de la Carta Magna que le adosan a Guzmán como arquitecto de la institucionalidad que hoy nos rige. Y él estaría en la primera línea de defensa, porque no fue un simple «ideólogo», sino un activista, un activista de convicciones profundas que viajaría a cada rincón de Chile para conquistar los corazones de la mayoría popular. ¡Cuántos golpes a la

mesa debería haber dado en todos estos años! Recordando que lo importante era reducir la pobreza a cero para una verdadera prosperidad, recordando que somos los promotores de una sociedad libre y que el foco de nuestro afán es mejorar las condiciones de los que más lo necesitan, pero no únicamente desde el aparato estatal —aunque bien ahora estaría exigiendo ayuda para los afectados por la crisis económica, que nos lleva al debate respecto de la subsidiariedad, donde Guzmán es nuevamente ineludible—.⁷

Está claro que su presencia aquí también hubiese evitado varios tropiezos; quizás, y solo quizás, estaríamos hoy en otras discusiones, delimitando la cancha del verdadero adversario implacable que es el materialismo en sus rostros ideológicos más convincentes: el marxismo y el liberalismo. Quizás, solo quizás, estaríamos hoy hablando de inclusión y prioridades en esta pandemia, porque Jaime fue siempre un buen capitán y, desde su partida, pocos han sabido mirar la brújula que guio el diseño de la nueva generación política que él gestó.

Con todo lo anterior, tan errado estaba aquel personero de la izquierda sobre su opinión de la historia contrafactual, que sus propios «compañeros de ruta» contradecían su tesis al atacar durante todo ese 2019 a la figura de Guzmán: las reiteradas acciones de burla y festejo de su asesinato por parte de algunos diputados ultraizquierdistas, así como ataques a su tumba y memorial —sin querer rescatar el trabajo de la red de protección de sus asesinos alrededor del mundo, que son incluso visitados por esos congresistas—. ¿Por qué desgastarse en atacar a un cadáver político? La razón es sencilla, como diría un profesor, «Jaime Guzmán les resulta insoportable», e incluso su muerte, valiente en el martirio, requiere de ser intervenida históricamente, para deshacerse al fin de la columna intelectual que hoy echó raíces, como se trató de demostrar en los párrafos anteriores.⁸

La historia contrafactual tiene cimientos en la realidad, por ello, es posible afirmar que, en este ejercicio de abstracción, si Jaime Guzmán estuviese vivo hoy, a 74 años de su nacimiento, estaríamos en presencia de un protagonista de los procesos actuales como la situación constituyente, la coyuntura insurreccional y, sobre todo, de la dirección y estilo que la derecha chilena debe volver a recuperar. Porque Guzmán no hubiese sacado los pies de las calles, el alma del aula y la mente del futuro del Chile que tanto amó. **R**

NOTAS

[1] Que para el historiador E.H. Carrera capital en la agencia historiográfica. Véase *¿Qué es la Historia?*, Ed. Ariel, 2017, pp. 81-82.

[2] Palabras de Eduardo Artés en programa *Con Dios y ley* de Radio Agricultura, 11 de abril de 2019.

[3] Claudio Arquerros (ed.). *50 años de gremialismo. Su influencia en la modernización chilena*, Ed. JGE, 2017.

[4] Javiera Rodríguez. *La contratoma*, Ed. El Líbero, 2019.

[5] Alejandro San Francisco. «La huella de Jaime Guzmán», *La Segunda*, 31 de marzo de 2004.

[6] A esto también llega Tomás Bradanovic en su columna «¿Por qué asesinaron a Jaime Guzmán?», *Economía y Sociedad*, julio-septiembre 2020. Disponible en <https://bit.ly/2YeSHJL>

[7] FJG. «Vigencia del pensamiento de Jaime Guzmán», *Ideas & Propuestas*, n. 294, 9 de abril de 2020.

[8] Gonzalo Rojas Sánchez. «Guzmán, insoportable» [videocolumna], *Bio-Bío TV*, 2019. Véase en <https://bit.ly/2wIGcK0>